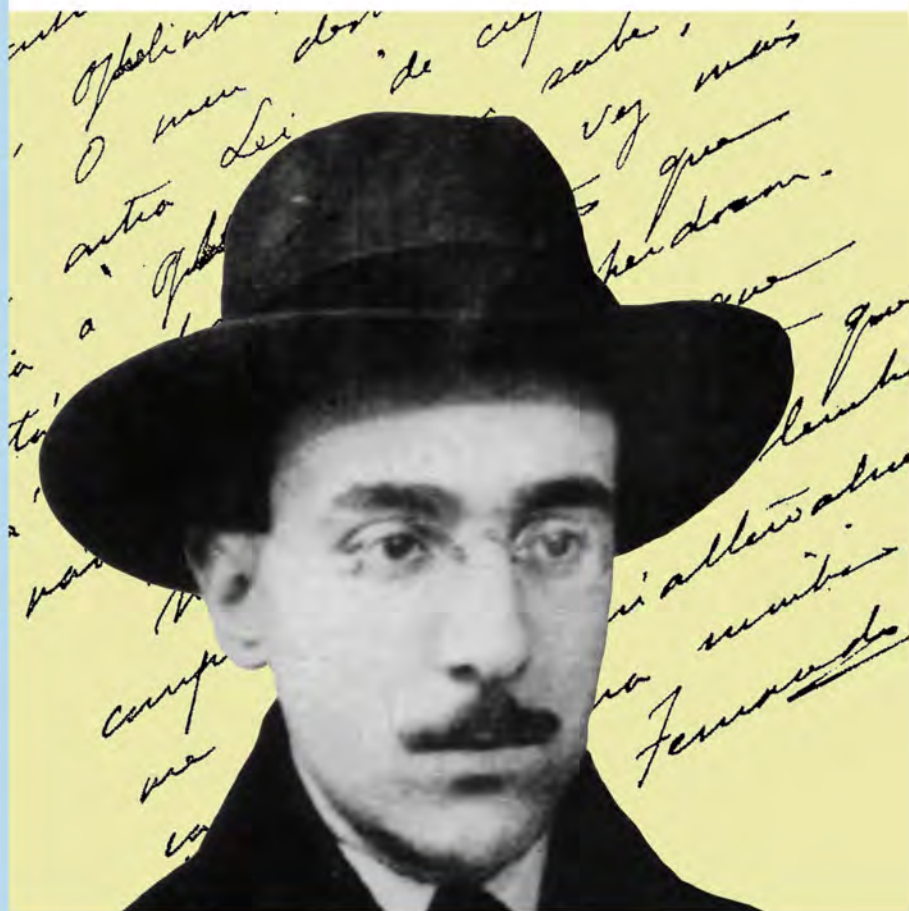


FERNANDO PESSOA

*Cartas de amor*





Cartas de amor

COLECCIÓN  
LITERADURA

Fernando Pessoa

Cartas de amor

Traducción y postfacio de Isabel Lacruz



Primera edición: noviembre de 2012

© de la traducción y del postfacio: Isabel Lacruz, 2012  
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2012  
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)  
www.funambulista.net



Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

BIC: BJ  
ISBN: 978-84-940293-6-3  
Dep. Legal: M-37493-2012

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: Fernando Pessoa

Producción gráfica: MFC Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

# Cartas de amor







PRIMERA ETAPA

MARZO - NOVIEMBRE DE 1920





## ∞ 1 ∞

Ophelinha:

Para mostrarme su desprecio o, cuanto menos, su real indiferencia, no era preciso el transparente disfraz de tan cumplido discurso ni tampoco la serie de «razones» tan poco sinceras como convincentes que me escribe. Bastaba con decírmelo. De esta manera entiendo lo mismo, pero me duele más.

Si prefiere a mí al muchacho con el que festeja, y al que naturalmente quiere mucho, ¿cómo puedo yo tomármelo a mal? Ophelinha puede preferir a quien quiera: no tiene la obligación —creo yo— de amarme ni realmente la necesidad (a no ser que quiera divertirse) de fingir que me ama.

Quien verdaderamente ama no escribe cartas que parecen requerimientos notariales. El amor no estudia tanto las cosas ni trata a los demás como a reos a los que hay que «apretar las tuercas».

¿Por qué no es franca conmigo? ¿Qué empeño tiene en hacer sufrir a quien no ha hecho daño alguno —ni a usted ni

a nadie—, a quien carga ya bastante con el peso y el dolor de una vida aislada y triste, y que no se merece que vengan a aumentárselos dándole falsas esperanzas, mostrándole afectos fingidos, y ello sin que se entienda su interés, incluso como diversión, o con qué provecho, aun de burla?

Reconozco que todo esto resulta cómico, y que la parte más cómica de todo esto soy yo.

Yo mismo le vería la gracia si no la amase tanto y si tuviera tiempo para pensar en otra cosa que no fuese el sufrimiento que usted se place en infligirme y que yo, salvo por el hecho de amarla, me tenga merecido, y creo de veras que amarla no es motivo suficiente para merecérmele. En fin...

Le adjunto el «documento escrito» que me pide.

Reconoce mi firma el notario Eugénio Silva.

1.3.1920

*Fernando Pessoa*



## 2

Mucho agradezco tu<sup>1</sup> carta. He estado muy fastidiado

---

1. Carlos Queiroz (Lisboa, 1907 - París, 1949), hijo natural de Joaquina, hermana de Ophélia Queiroz, fue un poeta del segundo modernismo portugués, uno de los grandes nombres de la revista *Presença*. Desempeñó un importante papel de enlace con el primer modernismo portugués de la generación de la revista *Orpheu*, fundada en 1915 por Fernando Pessoa, Mário de Sá-Carneiro y otros miembros del grupo modernista con la intención de renovar el panorama de las letras lusas. En 1936, coordina un número especial de *Presença* en homenaje a Fernando Pessoa, en el que da a conocer los amores de Pessoa por Ophélia Queiroz publicando diversas cartas del poeta a Ophélia. En ese número se incluye a modo de prefacio el relato titulado «*O Fernando e eu*», «Fernando y yo», de la destinataria de las cartas —recogido y estructurado por su sobrina nieta Maria da Graça Queiroz—, en el que O.Q. escribe: «Fernando y yo nos tratábamos tanto de tú como de usted». En esta referencia nos apoyamos para conservar el trato de usted únicamente en la primera carta, de 1.3.1920, por el tono de la misma; a partir de la segunda, también por su contenido y a pesar de que median sólo quince días entre la una y la otra, ya no nos ha parecido adecuado, a pesar del trato en el texto original portugués. (Todas las notas son de la traductora salvo indicación contraria).

por todas las razones que te imaginas. Y para colmo de desgracias llevo dos noches sin dormir, la angina me produce una salivación constante y me provoca esa cosa tan sumamente estúpida: que debo escupir cada dos minutos, lo cual me impide descansar. Ahora estoy al mismo tiempo mejor y peor de lo que estaba por la mañana: tengo menos ardor de garganta, pero me ha subido de nuevo la fiebre que, sin embargo, esta mañana no tenía. (Nótese que esta carta está escrita en el mismo estilo que la tuya pues Osório<sup>2</sup> está aquí al lado de la cama, desde donde estoy escribiendo, y naturalmente echa de vez en cuando una ojeada a lo que escribo).

No puedo escribir más debido a la fiebre y a los dolores de cabeza que padezco. Para responderte a lo que preguntas, las otras cosas, mi amorcito querido (ojalá que O. no vea esto), tendría que escribirte mucho más, y no puedo.

¿Me disculpas, verdad?

18/3/1920

*Fernando Pessoa*

---

2. El ordenanza de las oficinas en que trabajaban F. Pessoa y O. Queiroz. Ésta se refiere al mismo, en el relato de la nota 1, como el «grumete»; hará de emisario de las cartas entre F.P. y O.Q.



### 3

19.3.1920  
a las 4 de la madrugada

Mi Amorcito, mi Bebé querido:

Son cerca de las 4 de la madrugada y, a pesar de tener todo el cuerpo dolorido y pidiendo reposo, acabo de desistir definitivamente de dormir. Hace tres noches que me ocurre lo mismo, pero la de hoy ha sido, desde luego, de las más horribles que he pasado en la vida. Por suerte para ti, amor mío, no puedes ni imaginártelo. No ha sido sólo la angina, con la estúpida obligación de tener que escupir cada dos minutos, lo que me ha impedido conciliar el sueño. Es que, aun no teniendo fiebre, deliraba, me sentía enloquecer, quería gritar, gemir en voz alta mil cosas disparatadas. Y todo ello, no sólo por influencia directa del malestar que crea la enfermedad, sino porque estuve todo el día de ayer pendiente de cosas que se están atrasando, relativas a la venida de mi familia, y por si

fuera poco, recibí por medio de mi primo, que vino a verme a las 7 ½, una serie de noticias desagradables que no merece la pena contar aquí pues, afortunadamente, amor mío, nada tienen que ver contigo.

Además, estar enfermo precisamente en un momento en el que tengo tantas cosas urgentes que resolver, tantos asuntos que no puedo delegar en nadie.

¿Ves, mi Bebé adorado, cuál es el estado de ánimo en que llevo viviendo estos días, sobre todo estos dos últimos días? Y no te imaginas la saudade<sup>3</sup> loca, la saudade constante que he tenido de ti. Cada vez, tu ausencia, aunque sea sólo de un día para otro, me deja abatido; ¡cuánto más no habría de sentir por no verte, amor mío, desde hace casi tres días!

Dime una cosa, amorcito: ¿por qué razón te muestras tan abatida y tan profundamente triste en tu segunda carta —la que mandaste ayer por mediación de Osório? Comprendo que sientas también saudade; pero te muestras con un nerviosismo, una tristeza, un abatimiento tales que me ha dolido inmensamente leer tu breve carta y ver cuánto sufrías. ¿Qué te pasa, amor, además de que estamos separados? ¿Te ha ocurrido algo peor? ¿Por qué hablas en un tono tan desesperado acerca de mi amor, como si dudases de él, cuando no tienes para ello motivo alguno?

---

3. En portugués, «saudades», en plural: concepto entre añoranza y nostalgia.



Estoy enteramente solo —puede decirse así; pues aquí, los de la casa, que me han tratado realmente muy bien, lo hacen en todo caso por cumplir, y únicamente vienen a traerme un caldo, leche o algún que otro remedio durante el día; como era de esperar, no me hacen en absoluto compañía. Y entonces, a estas horas de la noche, me parece que estoy en un desierto; tengo sed y no hay quien me dé de beber; estoy medio perdiendo la cabeza debido a este aislamiento y ni siquiera tengo aquí a quien, por lo menos, me vele un poco mientras intento dormir.

Estoy ahído de frío, voy a meterme en la cama para fingir que reposo. No sé cuándo te mandaré esta carta o si todavía añadiré alguna cosa más.

¡Ay, amor mío, mi Bebé, mi muñequita, quién te tuviese aquí! Muchos, muchos, muchos, muchos, muchos besos de tu, siempre tuyo

*Fernando*

19.3.1920, a las 9 de la mañana

Mi pequeño y querido amor:

Parece que ha sido mano de santo escribirte lo que está arriba. En seguida me acosté, sin esperanza alguna de

adormecerme, y el hecho es que he dormido unas 3 ó 4 horas de un tirón —poca cosa, pero no te imaginas la diferencia que me ha supuesto. Me siento mucho más aliviado, y a pesar de que la garganta me arde y sigue inflamada, el hecho de que mi estado general haya así mejorado significa, y creo no equivocarme, que la enfermedad va remitiendo.

Si la mejoría se acentúa rápidamente, tal vez hoy mismo vaya a la oficina, pero me quedaré poco; y en tal caso yo mismo te entregaré esta carta.

Espero poder ir; tengo algunas cosas urgentes que tratar, que puedo atender desde la oficina, aun sin tener que desplazarme yo en persona; pero que desde aquí me es imposible resolver.

Adiós, mi angelito bebé. Te cubre de besos llenos de saudade tu, siempre, siempre tuyo

*Fernando*



## 4

19/3/1920

Mi Bebé pequeñín (y actualmente muy malo):

La carta que va adjunta es la que acabo también de enviar a tu casa por mediación de Osório. Espero poder entregártelas ambas mañana, cuando vaya a esperarte a la salida de la oficina Dupin.<sup>4</sup>

Sobre la información que te han dado respecto a mí, no sólo quiero repetir que es enteramente falsa, sino decirte también que la «persona respetable» que ha dado esa información a tu hermana o bien se la ha inventado por completo, en cuyo caso además de mentirosa está loca, o bien esa persona ni siquiera existe y ha sido tu hermana quien se la ha inventado —no digo que se haya inventado a la persona, sino que se ha inventado el hecho de que una

---

4. Las oficinas de C. Dupin, en el centro de Lisboa, en la plaza del Cais do Sodré, con estación ferroviaria y fluvial de mismo nombre.

determinada persona le haya dicho algo que nadie le ha dicho.

Mira, amorcito: es siempre malo, en estas cosas, considerar que los demás no pasan de tontos.

Sobre esa «persona» y lo que de ella me dijiste (naturalmente porque te lo habían dicho a ti), te daré dos detalles: (1) que esa persona sabe que te quiero, (2) que «sabe» que te quiero, pero que no voy con intenciones serias.

Empecemos pues por una de las cosas: *no hay quien sepa si yo te quiero o no* porque yo no he hecho a nadie confianza alguna sobre el asunto. Partamos del principio de que esa «persona respetable» no «sepa», sino que se figure que te amo. Dado que tiene que haber un fundamento para figurarse tal cosa, ello significa que esa persona ha visto algún cruce de miradas entre nosotros, ha notado que entre nosotros (o mejor dicho, en este caso, de mí hacia ti) hay algo. Esto quiere decir que es una persona de aquí, de la oficina, o que viene por aquí a menudo, o bien que recibe informaciones de alguien que viene con frecuencia por aquí. Sin embargo, para poder afirmar, aunque sea por boca de terceros, que sí, que la verdad es que te quiero, tal persona, si no es ninguna de las que vienen a esta oficina, sólo puede ser alguien o de la familia de mi primo (a quien él hubiese hablado de las «sospechas» que de vez en cuando tiene acerca de [*sic*] te amo), o entonces un familiar de Osório.

Todo esto son suposiciones, incluso la de señalar a algún familiar de los que acuden a esta oficina es llevar demasiado lejos la tolerancia respecto a la afirmación, como la de esa persona, de *saber* que yo te amo.

Si no hay, de hecho, casi nadie (nadie que lo sepa por confidencia mía, y en todo caso nadie que pueda «figurárselo») que pueda saber de cierto si yo te amo, menos habrá —en esta categoría no hay, pues, nadie— quien sea capaz de decir que yo no te amo con intenciones serias. Para esto sería preciso estar dentro de mi corazón; y aun así, se precisaría ver mal pues lo que se vería sería una burrada.

En cuanto a la afirmación de la «mujer» que yo tengo, si no es inventada por ti para apartarte de mí, hazle a la persona respetable (si existe) que informó a tu hermana las siguientes preguntas:

1. ¿Qué mujer es ésta?

2. ¿Dónde he vivido o vivo yo con ella, adónde voy a verla (en el caso de que supongan que somos dos amantes que vivimos en casas separadas), cuánto tiempo hace que estoy con esa mujer?

3. Cualesquiera otras informaciones que den señas o que identifiquen a esa «mujer».

Si toda esta historia no es una invención tuya, te garantizo que te vas a encontrar con una «retirada» inmediata de la persona que te informó, la «retirada» de todos cuantos

son pillados mintiendo. Y si dicha «persona respetable» tuviese el descaro de dar detalles, bastará con que tú los verifiques, los indagues. Verás que son mentiras, del principio al fin.

¡Ah, todo esto no es más que un enredo como cualquier otro —sumamente infame, pero, como muchas infamias, estúpido a más no poder— para apartarme de ti! ¿De quién habrá salido el enredo? ¿O no hay enredo alguno y esto es simplemente un pretexto que estás tú buscando para librarte de mí? Quién sabe... Lo supongo todo; tengo el derecho a suponerlo todo.

Pero, francamente, me merecía ser mejor tratado por el Destino de lo que estoy siéndolo —por el Destino, y por las personas.

Vamos a ver si consigo que tengas esta carta entre tus manos hoy mismo, con cualquier pretexto. Si no, te la entregaré mañana cuando nos encontremos aquí a las doce y media del mediodía.

Lee bien la carta adjunta, que te he escrito esta pasada madrugada y que se ha cruzado contigo, pues Osório te la llevó cuando tú venías hacia aquí. Observa lo que es escribir una carta, para luego recibir la serie de noticias y «bromitas» que me has hecho llegar.

P. S.: Al final, ¿cuál es la verdad en medio de todo esto?  
Empiezo a desconfiar de todo y de todos.

¿Cómo fue eso de que no te ibas... y después te fuiste... a Dupin? ¿Cómo es que *de repente* te dio por hacerle confianzas a tu hermana?

Empiezo a no entender bien...

Empiezo a no saber en verdad qué pensar.

P.S.2: Una cosa más: si la tal «persona respetable» existe (cosa que dudo), averigua qué *finés personales* pueda tener para querer apartarme de ti. Averigua si no habrá más bien *finés amistosos para con algún otro pretendiente tuyo*. Sin embargo, esa «persona respetable» debe de ser, seguramente, pariente del señor Crosse<sup>5</sup> —en tanto en cuanto tenga existencia real—. Mañana aquí te espero, en la oficina, a la hora acordada.

---

5. Se trata del A.A. Crosse, que aparece en el nº 61 de la lista de personajes ficticios y heterónimos creados por Fernando Pessoa, según la investigadora Teresa Rita Lopes en *Pessoa por conhecer* (edit. Estampa, Lisboa, 1990, vol. I), como charadista y crucigramista. Como veremos más adelante en estas cartas (números 6, 10, 13 —en esta vemos las iniciales A.A.— y 17), con este pseudónimo Pessoa participaba en concursos de enigmas y crucigramas de la prensa británica con el fin de ganar dinero.

Ah, amor mío, amor mío: ¿serás tú quien quiera huir de mí para siempre, o alguien que no quiere que nosotros nos amemos?

Tuyo, siempre tuyo

*Fernando*





## 5

Mi Bebé, mi pequeño y querido Bebé:

Sin saber cuándo te entregaré esta carta, estoy escribiendo en casa, hoy, domingo, después de terminar de arreglar las cosas para la mudanza de mañana por la mañana. Estoy otra vez mal de la garganta; está el día lluvioso; estoy lejos de ti —y esto es todo cuanto tengo para entretenerme hoy, con la perspectiva de la pesadez de la mudanza de mañana, con lluvia tal vez y yo enfermo, a una casa donde no hay absolutamente nadie. Naturalmente (a no ser que me halle ya completamente restablecido y pueda disponer las cosas de otro modo), lo que haré será pedir refugio, aquí en la Baixa, a Marianno Sant’Anna, que, además de dármele de buen grado, me trata de la garganta de manera competente, como hizo el día 19 de este mes cuando tuve la otra angina.

No te imaginas la saudade de ti que siento en estas ocasiones de enfermedad, de abatimiento y de tristeza. El

otro día, cuando hablé contigo del hecho de estar yo enfermo, me pareció (y creo que con razón) que el asunto te aburría, que poco te importaba. Entiendo perfectamente que, teniendo tú buena salud, poco te atormentes con lo que otros sufren, incluso cuando esos «otros» son, por ejemplo, yo, a quien tú dices amar. Comprendo que una persona enferma es un fastidio, y que es difícil ser cariñoso con ella. Pero yo sólo te pedía que *fingieses*<sup>6</sup> ese cariño, que *simulases* algún interés por mí. Eso, por lo menos, no me dolería tanto como esa mezcolanza de tu interés por mí y tu indiferencia hacia mi bienestar.

Mañana y pasado, con las dos mudanzas y mi enfermedad, no sé cuándo te veré. Cuento con verte a la hora convenida mañana —a las 8 de la tarde o de esa hora en adelante. Voy a ver, sin embargo, si consigo verte a mediodía (a pesar de que me parezca difícil), pues a las 8, quien se encuentra como yo debe estar metido en la cama.

Adiós, amor mío, haz lo posible por quererme en serio, por compadecerte de mis sufrimientos, por desear mi bienestar, procura, por lo menos, fingirlo bien.

---

6. Clara referencia *avant la lettre* al poema: «El poeta es un fingidor / Finge tan completamente / Que llega a fingir que es dolor / El dolor que de veras siente (...)». (Fernando Pessoa/Bernardo Soares; *Autopsicografía*; publicado el 1 de abril de 1931).

Muchos, muchos besos de tu, siempre tuyo, aunque  
muy abandonado y desamparado

20 (?)/3/1920

*Fernando*